

TRADUCCIÓN

EN MI ENTIERRO

(Cuento del escritor palestino Gassān Kanafānī)

MONTSERRAT RABADÁN CARRASCOSA

El Colegio de México

MUY POCO, por no decir prácticamente nada, se conoce sobre la literatura palestina y sus autores. Por lo general, lo palestino suele identificarse como sinónimo de “terrorismo” y poco más. Mediante la traducción de este pequeño cuento, perteneciente a un gran autor, como lo es Gassān Kanafānī, pretendemos aportar nuestro granito de arena a la difusión de la literatura palestina, para que se sepa que hay un pueblo que tiene un pasado y una cultura extraordinarios que deben conocerse, a pesar de que muchos intenten enterrarlo a como dé lugar.

Gassān Kanafānī¹ es uno de los más destacados novelistas, cuentistas y críticos literarios palestinos contemporáneos, además de gran periodista y activista político y, en muchos aspectos, un símbolo de su pueblo.

Nació en la ciudad de ‘Akka (San Juan de Acre) en 1936. En 1948, año de la *nakba*,² su familia estaba entre los miles de palestinos que se vieron obligados a abandonar el país debido a la represión sionista. Por un periodo corto de tiempo, la familia de Kanafānī se estableció en el sur del Líbano, pero pronto se trasladaron a Damasco donde continuaría con sus estudios.

¹ Para obtener más información sobre su vida, personalidad y obra, véase el extraordinario artículo de Pedro Martínez Montávez, escrito en homenaje al autor, el mismo año de su muerte: “Memoria y homenaje: Gassān Kanafānī, escritor y testimonio palestino” en *Exploraciones en literatura neoárabe*, Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1977. Véase también el núm. 7/8 (1992) de la revista *al-Adāb*, dedicado íntegramente al autor al cumplirse veinte años de su muerte.

² Desgracia, desastre. Nombre que recibe, entre los palestinos, el año de la creación del Estado de Israel.

Desde su más temprana juventud Kanafānī se entregó y encauzó su vida y actividades, tanto artísticas como laborales, a una sola causa: la lucha nacional. Su primer trabajo fue como maestro de educación artística en las escuelas de la UNRWA (Agencia de Asistencia a los Refugiados Palestinos) en Damasco. En 1956 viajó a Kuwait donde se dedicó a dar clases de dibujo y educación física en las escuelas oficiales. Es precisamente en esta época cuando se inicia en el terreno del periodismo y la literatura.

En 1960 viaja a Beirut para trabajar como redactor literario en el diario *Al-hurriyya*. Tres años más tarde llega a ser redactor jefe del periódico *Al-Muharrir*, así como de otros periódicos como *Al-Anwār* y *Al-hawādīt*. Finalmente, en el año 1969 funda el diario *Al-Hadaf*, del cual sería también redactor jefe hasta su muerte, el 8 de julio de 1972, víctima de un atentado con bomba, perpetrado por agentes israelíes.

A pesar de su corta vida, la producción literaria de Kanafānī y la variedad de la misma es sorprendente, ya que cultivó la novela, el teatro, el cuento y el ensayo, además de realizar diferentes estudios e investigaciones sobre cuestiones sociales, políticas y literarias. Entre sus novelas más destacadas están: *Hombres al sol* (1963), *La tierra de los naranjos tristes* (1963); obras en las que se advierten “los brotes o gérmenes de lo que podría denominarse la novela del cambio revolucionario”.³ En ambas se retrata en forma simbólica la difícil situación del pueblo palestino. En 1966 publica una de sus mejores novelas, *Mā tabqà lakum* (Lo que les queda). En 1969 aparecen dos novelas cuyo tema central sigue siendo la problemática y el sufrimiento de su pueblo: *De vuelta a Haifa* y *Omm Sa'd*.

Además de estas novelas posee cuatro colecciones de cuentos: *Mawt sarīr raqm 12* (La muerte de la cama número 12), 1961; *Arḍ al-burtugāl al-ḥazin* (La tierra de los naranjos tristes), 1963; *Ālam laysa lanā* (Un mundo que no es para nosotros), 1965; *An ar-riḡāl wa banādiq* (De hombres y fusiles), 1968.

Kanafānī también cultivó el género del teatro, con obras de corte simbolista como *Al-bāb* (La puerta), 1964.

³ Cfr. Pedro Martínez Montávez, *Introducción a la literatura árabe moderna*, Madrid, Cantarabia, 1985, p. 229.

Por último, cuenta con tres libros antológico-ensayísticos: *Adab al-muqāwama fī Filistīn al muḥtalla* (Literatura de resistencia en la Palestina ocupada), 1966; *Fī-l-adab al-sabyūnī* (Sobre literatura sionista), 1967; *al-Adab al-filistīnī al-muqāwim taḥtal-iḥtilāl* (La literatura palestina resistente bajo la ocupación), 1968.

Sin duda, Kanafānī fue una figura ejemplar de la Resistencia tanto por su actividad política como literaria. Fue un verdadero innovador en su obra literaria, así como en su vida y en su constante e incansable lucha política. En 1966 obtuvo el premio a la mejor novela, otorgado por Los amigos del libro en Líbano a su novela *Mā tabqā lakum* (Lo que les queda). En 1974 y 1975, la Organización Internacional de Periodistas (IOJ) y la Unión de Escritores de Asia y África (Lotus) le concedieron otros dos premios.

El cuento que presentamos a continuación, *Fī ŷinazātī* (En mi entierro), pertenece a la colección de 1961, *Mawt sarīr raqm 12*.⁴ A pesar del aparente corte realista de este relato, es inevitable pensar en un trasfondo político-social; en un tratamiento simbólico de esa realidad que nos remite a imágenes constantes, y casi tradicionales ya, en la literatura contemporánea palestina como son: la amada (Palestina), imposibilidad del enamorado (el pueblo palestino) de culminar su amor, etc. Además de toda una serie de sentimientos encontrados, representados principalmente en el personaje protagonista, como: esperanza, ilusión, rabia, impotencia, dolor, orgullo, desesperación, etc., perfectamente identificables con la cruda y triste realidad del pueblo palestino. Por otra parte, es posible rastrear a lo largo del cuento algunos datos autobiográficos de Kanafānī. No sólo como ser humano desgarrado y despojado, impotente ante un amor imposible, ante una enfermedad o situación crónica que le impone una separación forzosa de la amada (Palestina), sino como residente exiliado en ese país:

[...] aquel país lejano que todo lo contiene, pero en el que nada hay, que todo te concede y todo te escatima. Aquel país lejano cuyo hori-

⁴ Gassān Kanafānī: *Mawt sarīr raqm 12* (La muerte de la cama número 12), Beirut, mu'assasa al-abḥāṭ al-'arabiyya, 1980.

zonte se colorea a la hora del ocaso con un desamparo lacerante y cuyos amaneceres son una inclemente incertidumbre. En aquel país, vivía con la esperanza de poder algún día poner fin a todo y empezar contigo otra vez, desde el principio [...]

que bien pudiera ser Kuwait, donde permaneció de 1956 a 1960.

Más allá de cualquier interpretación acerca del significado o la simbología de este cuento, lo cierto es que el autor aborda la esfera de lo humano, del sentimiento, por lo que cualquier lector, independientemente de su nacionalidad e ideología, es capaz de sentir el mensaje esencial del relato, y eso es lo que cuenta.

EN MI ENTIERRO

GASSĀN KANAFĀNĪ

Querida mía:

Si quieres que te diga la verdad, no sé qué escribirte. Todas las palabras que pudiera palpar una pluma nostálgica, ya te las escribí con anterioridad, cuando estuve allí. Ahora nada puedo decirte que no hayas escuchado ya. ¿Qué decirte? ¿Qué tu amor corre vilmente por mi sangre como un cataclismo desbordado, como diría cualquier otro? Tal vez podría decirte esto, si lo que corre por mis venas tuviera todavía algún valor, pero en realidad no soy más que un hombre enfermo cuya sangre se consume sin ningún valor. Parece más bien la sangre de un anciano, medio vivo, medio muerto, en cuyo pecho no hay más que los baúles cerrados del ayer, y cuyo futuro se reduce a una vela que despide su último fulgor antes de extinguirse para siempre.

Pensaba, querida mía, que el paso de los días sería un bálsamo para mis heridas; no obstante, se me antoja que mi abatimiento se agudiza como algo vacío de firmeza, que no puede mantenerse en pie. Cada día que pasa abre en mí una grieta que nunca se cierra; cada momento abofetea mi rostro con una nueva verdad más amarga que cualquier otra. Hoy por la mañana subí las escaleras corriendo, cuando llegué al final, sentí que el corazón se apretaba contra mis costillas y se tensaba como si estuviera a punto de estallar... ¿Qué juventud es ésta? ¿Qué valor nos resta, querida mía? ¿Qué valor? ¿Por qué seguir adelante? ¿Qué puede brillar tanto como el fantasma en la oscuridad cuya negrura es más espesa que la conciencia del tirano? ¿Qué he obtenido de mi vida, qué? Yo vivía por un mañana libre de temores; he pasado hambre por saciarme algún día, y he querido llegar a ese mañana. Mi vida no tuvo otro valor que no fuera el dado por la esperanza verde y profunda de que el cielo no puede ser infinitamente cruel, de que el niño despojado de la quieta sonrisa no seguiría siempre así: desgajado como las nubes de octubre, gris como valles bru-

mosos, perdido al igual que un Sol que empieza a salir y no encuentra su horizonte.

Pero el cielo, la tierra, todo, eran una especie de cavernas para las esperanzas del pequeño. Los meses pasaron dolorosamente lentos hasta que se hizo mayor. Entonces se hizo cargo del sustento de su familia, tal y como ésta había hecho con él, cuando no era capaz de valerse por sí mismo. La responsabilidad es algo hermoso, sí, pero el hombre que se enfrenta a una responsabilidad no puede tolerar que se le despoje de su hombría, poco a poco, bajo la presión de la exigencia. Todo se le venía encima, todos lo pisoteaban. Cada día que pasaba escupía en su cara toda su incapacidad e impotencia con una amargura indefinible.

A pesar de todo, me decía a mí mismo: “¡paciencia, chico! todavía estás en el umbral de tu vida y mañana y pasado mañana saldrá un nuevo Sol. ¿Es que no vas a luchar ahora por ese futuro? Ya verás como te enorgulleces de haberlo forjado con tus propias manos, de principio a fin”.

De esta forma justificaba mi tormento diario, mirando hacia adelante mientras surcaba un camino de espinas, como si fuera el angosto sendero de un cementerio. Después ocurrió algo hermoso: de entre las cerradas nubes surgió una luz lejana que me alivió un poco de la presión de la necesidad. Luego, más tarde, te conocí... ¿Te acuerdas? Nos encontramos en una fiesta. Cuando mis ojos se miraron en los tuyos sentí una punzada en el pecho que destruía toda la amargura acumulada desde mi infancia. Llevabas el pelo suelto y tus ojos tenían un aura de negrura cautivadora. De pronto, me descubrí mirándote sin darme cuenta. Con el tiempo, leería en tu diario que te sentiste atraída por aquel marinero que miraba como si estuviera a punto de arrojar su ancla en un puerto... Cuanto más te observaba, más ligado a ti me sentía. Me detenía ante ti como un niño separado de su juguete por un simple escaparate de colores. Las palabras temblaban débiles en mi garganta para desprenderse una tras otra en mi corazón, que yo sentía latir violentamente, sacudiendo mi costado. Te fui conociendo... mientras, tú escribías en tu diario sobre aquellos días: “espero conocerlo más”. Yo todavía no podía escribir nada sobre ti...

Después, ¡ay, querida mía!, te amé con toda la energía que puede contener un hombre ansioso de estabilidad, con cada latido de un corazón que tanto le hizo sufrir, con toda la dureza de unas vértebras que padecieron hambre, éxodo y dolor a causa de aquel instante... Fuiste el faro que alumbra como por casualidad una barcaza errante; y con toda mi ansia de reposo me aferré a esa creación.

Me escribiste en aquel entonces y me decías: “¿Por qué te deseo tanto si ‘yo’ nos atañe a los dos, tal y como dijimos?” Yo anudaba mi esperanza con un vigor casi devoto. Te quería, te quería con todo lo que este término conlleva en cuanto a exigencia. Me parecía que, por fin, la vida me había sonreído y que el castillo erigido de dolor y de sillares de amargura, uno encima de otro, no podía impedir que me asomase desde él a contemplar toda esa felicidad. Tal impresión me llenó de placer.

Me alejé de ti yendo a un lugar donde fui desposeído de la razón de mi vivir. Allí, aquel país lejano que todo lo contiene, pero en el que nada hay, que todo te concede y todo te escatima. Aquel país lejano cuyo horizonte se colorea a la hora del ocaso con un desamparo lacerante y cuyos amaneceres son una inclemente incertidumbre. En aquel país, vivía con la esperanza de poder algún día poner fin a todo y empezar contigo otra vez, desde el principio. Pero el Destino no deseaba que el velero se precipitase hacia el viento embravecido; y cuando la mirada del médico dejó entrever la fatalidad del mal que corría por mis venas, se desplomaron con gran estrépito las fortalezas de mi interior y una nube vaporosa veló mis ojos... Mientras tanto, los ojos del doctor amortajaban mi futuro y las venas de su espaciosa frente mostraban los pormenores de mi tormento. Cuando recuperé la entereza, escuché al doctor escupir palabras vacías, manidas, simuladas, acerca de la esperanza, del valor, la sabiduría, la juventud... palabras carentes de significado, letras que eran viles gusanos enroscados en sí mismos, sin justificación alguna.

¿Qué tipo de valentía me pedía el doctor?; ¿afrontar un miserable y ruin porvenir o resignarme con ese fatalismo propio de un anciano que vendió su vida para comprar el Más Allá, como un comerciante sin fondos? ¿Qué esperanza pue-

do tener si ya nada veo en el horizonte? ¿Qué juventud?, sí; ¿qué juventud es ésta que aún no ha prendido, que aún no ha existido? ¿Qué juventud? ¡Qué absurdas y huecas resultan las palabras del médico al repetirlas sólo porque aparecen en los libros de medicina! No obstante, la mayor sacudida se produjo cuando me caí por las escaleras al volver de la consulta. Entonces te recordé. Cuando resplandeció ante mí tu rostro, brilló en mi pecho un rayo negro de desesperación... ¿Podría aceptar esta mujer a un hombre enfermo para procrear criaturas enfermas?, ¿podría vivir con un joven medio muerto?

Los días siguientes fueron aún más lacerantes. Fracaso mi intento de ser un héroe o un valiente como quería el médico. Sentía que las pequeñas cosas que llenaban mi vida habían perdido su importancia y que lo que habría de venir no insuflaría nada a mi corazón desvalido. Sin duda, fracasé en mi papel de héroe... Todo parecía desafiarme, corroerme y alzarse ante mi debilidad como una fortaleza de temible desesperanza...

Sí, participé en mi funeral muy a pesar mío. Los sufrimientos que conociera en años pasados, me parecen ahora endebles y estúpidas pompas de jabón. El hombre es valiente siempre y cuando no tenga necesidad de serlo; sin embargo, cuando se trata de algo real que exige serlo, se desmorona al tener que comprender el valor como resignación, la renuncia a todo lo humano para reducirse a la contemplación, alejándose de la práctica.

Tú constituías, siempre que me encaminaba a mi cuarto, mi suplicio y mi vértigo. Te sentía desplazarte por entre mis costillas, mis dedos, mientras yo me aferraba en vano a una esperanza que no quería permanecer conmigo. Repetí constantemente una frase tuya que me escribiste cierta vez: "si cambias tu forma de pensar, te dejaría, significaría el adiós". ¿Comprendes el significado de algo tan terrible? Mi mente no se ha transformado, vida mía; sí mi sangre, sí todo... Temo comparecer ante ti para implorar tu amor en calidad de hombre que lo ha perdido todo...Temo —con todo lo que conlleva este término de cobardía— elevar mis ojos para ver en los tuyos un rechazo tiznado de compasión. Si así ocurriera, sentiría que resbalo sobre el peñasco que he tratado de escalar

toda mi vida con tanto tesón, y ni siquiera el valle podría devolverme la voluntad de seguir adelante...

¿Sabes lo que es perderlo todo al volver a tu casa? ¿Sabes lo que es descubrir que tu yerma vida no ha sido más que una broma de breves instantes? y ¿sabes lo que es un amor erigido tan sólo sobre los pilares de la compasión?

Aquella noche dormí en una embarcación que se abocaba a una espiral sin fondo. Mi mente servía de escenario a infinidad de bufonadas sucedidas sin orden, mis ideas precisaban ser revisadas; mis convicciones, aniquiladas. En cuanto a mis sueños, amontonados en mi interior, no tenía ya derecho a poseerlos... El pasado, el presente y el futuro tenían olor a rancho... Y todos los valores que el hombre orgulloso pretende acumular en su vida, me parecieron entonces delirios, propios de un borracho que quiere olvidar.

Los pensamientos del enfermo, producto de su imaginación, son tragicómicos, esperpénticos. Durante unos instantes, había estimado que mi designación como ser enfermo entre toda la Humanidad, con esta maldita enfermedad crónica, era una elección especial y que tal enfermedad era una condecoración peculiar que adornaba mi pecho por dentro, cuyo sonido podía percibir a través de los latidos de mi corazón. Mas la verdad era muy distinta; cuando me desperté la tragedia se mostraba ante mí, sombría, severa, negra, extendiéndose hacia el futuro infinito, impregnándose de impotencia y privación.

¿Por qué pensaba en ti, más que en cualquier otra cosa? Pensaba que podría soportarlo todo, pero tú eras mi tormento más agudo, más insistente. Deseaba disolver esa insistencia con todas mis fuerzas, a como diera lugar, ya fuera dejándote, huyendo, o apegándome a ti más y más; pero el miedo y la indecisión me corroían sin piedad. Finalmente, un día, tomé una decisión. Ahora desconozco qué es lo que me empujó a adoptarla, lo he olvidado; mejor dicho, lo que después ocurrió fue lo que me llevó a olvidar. Lo único que recuerdo es que, cuando tomé la decisión, estaba determinado a comportarme como un héroe aunque sólo fuera por una vez en mi vida; quería ser como uno de aquellos héroes de los cuentos que se enfrentaban a arduas pruebas con una valentía admirable, que quebrantaban su destino con todas sus fuerzas. Enton-

ees, me decía a mí mismo, satisfecho por haber alcanzado una resolución: “derramaré sobre ella la verdad, toda la verdad, así sabrá cuánto he sufrido al decidir dejarla buscar otro camino para ser feliz... Bien sabe cuánto la quiero. Y si ahora no pudiera comprender lo inmenso de mi sacrificio, lo entenderá en el futuro. De cualquier modo, no me importa que sepa o no. Lo que realmente cuenta es que mi conciencia podrá descansar un poco y mi existencia ganará algo de tranquilidad y satisfacción”.

No sabes, amor mío, cuánto me ha costado tomar esta decisión. Digamos que estaba enfermo y desmoronado, incapaz de entender a qué me exponía. Digamos que quería hundirme en el fango del desafío pretencioso, que me proponía perder absolutamente todo, ya que había perdido lo más importante. Digamos que deseaba romper cualquier esperanza moribunda que albergara mi pecho y que tal desafío era la única vía para justificarme —aunque sólo fuera por un instante— que todavía podía actuar como una persona, como si fuera una persona... Podríamos decir mil cosas, pero la única cierta es que mi decisión era definitiva, y que durante mi travesía hacia ti, me asía a ella con todo mi ser. Mientras mi corazón palpitaba con rabia, aunque sin resultado.

Lo que ocurrió después, lo conoces muy bien; tan bien como aquel que hizo algo pero sin conocer la otra faceta del acto realizado. Y, yo, yo era esa otra faceta. He luchado conmigo mismo para poder decirte, o al menos balbucear, mi decisión. Sin embargo, nada salía de mi boca. Me era imposible actuar como lo haría cualquier personaje shakespeariano, exponiendo su tragedia con la osadía de los tiempos pasados. Buscaba, sin hallarla, una ventana para poder penetrar, una palabra a la que aferrarme, lo que fuera para usarlo como tabla de salvación... Sin embargo, te di la excepcional oportunidad de que lo derrumbaras todo.

Fuiste más valiente que yo al reconocer que había otro hombre y que debías aprovechar lo que te ofrecía y yo nunca te ofrecí. ¿Pero, realmente me dijiste que había otro hombre? No, no lo dijiste con las palabras sino con tus ojos, tus gestos, a través de tus constantes titubeos. Lo expresaste con una claridad más cruel que la más precisa de las palabras,

una claridad que me desgarró antes de que yo encontrara la forma de exponerte mi tragedia, la noticia de mi triste enfermedad. Hablaste con la osadía de una mujer que desea establecerse.

Cuando desapareciste tras la puerta, abandonaste mi mundo para irte a un lugar que desconozco, pero que presiento. Te dolió aquella situación, eso es obvio; pero dejaste todo conmigo, entre las paredes desnudas, te fuiste... y empecé a olvidar...

Jamás escuchaste las palabras que acuñé con la dignidad que me restaba, las palabras que acumulé noche tras noche de indecisión, de miedo y valentía... palabras que no me fue posible decirte...

Me quedé observando la vieja puerta después de que la cerraste y me dio la sensación de que seguía oyendo tus pasos mientras caminabas por una acera de Damasco. Pero me hallaba en el fondo del abismo, al final del torbellino. Enseguida fui consciente de todo lo que acababa de perder a pesar de negarme a ello. Ignoras que me hiciste perder la última oportunidad para recuperar la humanidad que me había arrebatado la enfermedad, hasta acabar con ella. No imaginas hasta qué punto me privaste del único medio con el que habría podido convencerme de que aún tenía algo de valentía...

Tuve la sensación de que mi vida era una casualidad vacía, carente de sentido y de que mi ser era el lugar donde confluían todos los errores del mundo.

¿Por qué te apresuraste en confesar? ¿Por qué? ¿Por qué no me brindaste la ocasión especial de representar mi último papel? Mas tú no sabes. Todo ocurrió tan de prisa... Tal vez ahora estés en un jardín, riendo con él, conversando sobre los hijos que van a tener en el futuro. Tienes todo el derecho a hacerlo, también él. No obstante, ¿quién puede prohibirme que yo sienta rencor hacia los dos, hacia los demás, hacia mí mismo? ¿Quién puede impedirme odiarlos a todos, desear su muerte, la mía propia, la de todo? ¿Los valores y los ideales? ¡Por supuesto que no! Sin duda, sus valores e ideales son aquellos de la gente feliz y serena. En cambio, los míos son otra cosa, algo especial y diferente, más acordes con el piélago de amargura sobre el que vivo.

¿Te das cuenta? La diferencia estuvo en un instante... Si te hubieras retrasado en tu confesión, las cosas habrían sido de otro modo. Ahora nada puede hacerse, pues tu comienzo estaba cimentado en mi fin...

Traducción del árabe:
MONTSERRAT RABADÁN CARRASCOSA
E IGNACIO GUTIÉRREZ DE TERÁN